

Reflexiones y representaciones del exilio: de *El canto del peregrino* (1999) a *El sefardí romántico* (2005)

Alicia RICO
University of Nevada Las Vegas

RESUMEN

El exilio es un tema recurrente en la obra de Angelina Muñiz-Huberman, miembro del llamado grupo hispanomexicano. La visión del exilio en su obra incluye no solo el exilio republicano sino también el del pueblo judío. Por eso, diferentes Diásporas históricas se superponen enriqueciendo el significado de la experiencia. En su ensayo *El canto del peregrino: hacia una poética del exilio* (1999) desarrolla sus pensamientos sobre el exilio y analiza numerosos trabajos de autores exiliados (judíos y republicanos españoles) centrándose en como cada uno reflejó la vivencia del exilio en su trabajo.

En mi opinión, las ideas desarrolladas en el ensayo se pueden encontrar en su novela *El sefardí romántico: la azarosa vida de Mateo Alemán II* (2005). El título de la novela establece una conexión directa con la novela picaresca y la vida judía aludiendo al autor converso de *Guzmán de Alfarache* (1599-1604). Siguiendo el patrón establecido por la novela picaresca clásica, el protagonista de Muñiz-Huberman viaja por España y Europa denunciando la intolerancia que llevó a la Guerra Civil española y a la II Guerra Mundial. Las circunstancias lo llevan al exilio en México, como en el caso de Mateo Alemán. Según la teoría de Ulrich Wicks, pícaros y exiliados tienen mucho en común en su búsqueda continua de libertad, libertad que el exiliado puede encontrar solo en el idioma, como expone Muñiz-Huberman en su ensayo.

Palabras clave: Angelina Muñiz-Huberman, ensayo, novela, exilio, pícaro.

Representations of exile: from *El canto del peregrino* (1999) to *El sefardí romántico* (2005)

ABSTRACT

Exile is a recurrent theme in the work of Angelina Muñiz-Huberman, a member of the so-called *hispanomexicanos* group. What sets her writings apart is that her vision of exile includes not only Republican exile but also that of the Jewish people. Thus, different historical Diasporas supersede one another, enriching the meaning of the experience. In her essay *El canto del peregrino: hacia una poética del exilio* (1999), she develops her thoughts on exile and analyzes the work of different exiled writers (Jewish and Spanish Republicans) focusing on how each one dealt with the experience and how it is reflected in their writings.

My contention is that the thoughts developed in the essay can also be found in her novel *El sefardí romántico: la azarosa vida de Mateo Alemán II* (2005). The title of the novel links the picaresque novel and Jewish history by alluding directly to the *converso* author of *Guzmán de Alfarache* (1599-1604). Following the picaresque pattern, Muñiz-Huberman's protagonist travels through Spain and Europe denouncing the intolerance that led to Spanish Civil War and World War II. Circumstances take him to Mexico, much as in Mateo Alemán's case, as an exile. Ulrich Wicks establishes that *pícaros* and exiles have very much in common since both are in constant search of freedom, freedom that, according to Muñiz-Huberman's essay, the exiled can find only in language.

Key words: Angelina Muñiz-Huberman, essay, novel, exile, *pícaro*.

Arturo Souto Albarce acuñó el término de hispanomexicanos para englobar a los escritores pertenecientes a la segunda generación de exiliados, afincados en México tras la guerra civil española. El término engloba “las dos nacionalidades que los une y los caracteriza” (Muñiz-Huberman 2003: 155); son hijos de exiliados que llegaron a México como niños o adolescentes. El suyo fue un exilio heredado, que los privó de una patria real; por un lado, muchos de ellos ni siquiera conocían España más allá de los relatos de sus mayores o las lecturas de autores consagrados; por otro, la inmersión en la cultura mexicana no se dio como hubiera sido previsible. Su actividad literaria surge como parte de su búsqueda de identidad entre dos mundos que los desconoce o no los reconoce como propios, hecho por el que Octavio Paz los considera víctimas de un equívoco doble (Muñiz-Huberman 2003: 159). De cualquier modo, el exilio es el punto de unión entre ellos y acaba convirtiéndose en una condición vital que, a su vez, marca la trayectoria intelectual de cada uno, aunque se enfrentan a él de forma diferente, lo cual se refleja en su obra, como señala Susana Rivera en *Última voz del exilio*.

El miembro más joven de este grupo es Angelina Muñiz-Huberman, nacida en Hyères, Francia, el 29 de diciembre de 1936. En su caso, el exilio es tema recurrente en su obra ensayística, poética y narrativa. Si bien comparte el exilio republicano con los otros autores hispanomexicanos, Muñiz-Huberman presenta una particularidad que amplía su visión del exilio: su herencia judía acompañada de los distintos destierros sufridos por este pueblo a lo largo de la historia. Por ello, en su obra, los diferentes exilios se entrecruzan o se superponen, multiplicándose los significados del término como se observa en el ensayo *El canto del peregrino: hacia una poética del exilio* (2003). En este recoge sus consideraciones sobre varios exilios: el bíblico: la expulsión de Adán y Eva del Paraíso; los que marcan la historia de España: el de la expulsión de los judíos que culmina con el decreto de los Reyes Católicos en 1492 y el de los republicanos tras la Guerra Civil; así como los de los judíos que abandonan Europa durante el siglo XX, debido al antisemitismo reinante. Además, la similitud del título con el de la obra de José Mármol: *Cantos del peregrino* (1847) se hace eco de otra expatriación: la de los

intelectuales argentinos opositores a Juan Manuel de Rosas en el siglo XIX; se superpone así otro destierro. Las reflexiones de Muñiz-Huberman en este ensayo encuentran su lugar en la ficción en *El sefardí romántico: la azarosa vida de Mateo Alemán II* (2005), solapándose de este modo ensayista y novelista.

Entre las reflexiones expuestas en *El canto del peregrino*, basado en ensayos anteriores según Silvia Jofresa Marquès, se encuentran ideas sobre el fenómeno social del exilio, el análisis de la repercusión que ha tenido en la obra de diversos autores exiliados y la visión del exilio que presentan en estas. Lo vincula con la palabra poética, la memoria, la continuidad de la tradición y observa su papel en la narración, en la que los relatos unen realidad recordada con realidad inventada, transformándose en una nueva en la que se mezclan vivencias propias, oídas, leídas e imaginadas. El destierro fragmenta el itinerario vital del individuo incapaz de encontrar las causas que lo arrancaron de su mundo, de ordenar coherentemente su trayectoria o de integrarse en la sociedad de acogida de forma plena; se convierte en observador sin acabar de pertenecer. Esta fragmentación y los sentimientos de enajenamiento se reflejan en las narraciones. La ausencia de un apoyo firme en la realidad hace que la lengua pase a ser el lugar más seguro, “sinónimo de una tierra firme y de una seña de identidad [...] refugio y fuente de placer” (Muñiz-Huberman 2003: 70); así ocurrió con el ladino para los judíos expulsados en 1492 y con el castellano para los autores de la generación postexílica, como Muñiz-Huberman prefiere nominar a los hispanomexicanos.

Según esta autora, el exilio es el lugar para la tradición y la innovación. Esta premisa se observa en el conjunto de su narrativa en varios niveles: su particularísimo uso del lenguaje y de la tipografía; la apropiación de personajes y formas literarias tradicionales a los que dota de características y significados nuevos; la imbricación de géneros literarios dentro de una misma obra. Estas características se aprecian en *El sefardí romántico: La azarosa vida de Mateo Alemán II*, la cual conjuga exilios judíos de diferentes épocas históricas y el exilio republicano de 1939, a la vez que retoma la picaresca, pero rompiendo con las convenciones, como ya hizo en sus inicios con *Tierra adentro* (1977), aunque esta se aproxima más a la tradición, en su forma al menos.¹

La picaresca enlaza con el judaísmo ya que su surgimiento está íntimamente ligado al mundo converso. De todos es sabido que Mateo Alemán, autor de una de las novelas fundacionales: *La vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana* (Madrid, 1599 y 1604), era converso; Américo Castro ya apuntó a principios del siglo XX que el autor de la otra novela fundacional, *La vida de*

¹ Para un estudio detallado de esta novela desde el punto de vista de la picaresca, ver Henry Friedman, ‘Angelina Muñiz’s *Tierra adentro*: (Re) creating the subject’.

Lazarillo de Tormes (Burgos, Alcalá y Amberes, 1554), era de estirpe judía,² mientras que *La vida del Buscón don Pablos* (Zaragoza, 1625) de Francisco de Quevedo representaría el antisemitismo de la sociedad de aquella época. La situación de los autores conversos se asemeja a la de los exiliados en tanto que su integración en la sociedad es solo parcial, lo cual proporciona un lugar desde donde innovar creativamente por lo que se origina un nuevo tipo de literatura. Alexander Blackburn señala que “[t]ime and again the *converso* paradox of being at the center of society and also on its margins gives thematic form to early modern novels” (10); de este modo, surgen en la picaresca nuevos núcleos temáticos, “themes of individual alienation from and loneliness within a coercive and chaotic social order” (9), temas que se desarrollan en las tres novelas clásicas ya mencionadas.

Aunque es indudable la importancia de la picaresca en la historia de la literatura española, es problemático proporcionar una definición aceptada universalmente o llegar a un consenso en cuanto a su extensión temporal. En términos generales, la crítica coincide en una serie de atributos establecidos a partir de las novelas del Siglo de Oro que consisten en: un narrador-protagonista en primera persona con una separación temporal entre lo vivido y lo narrado, disponiendo así de dos niveles de significación; su cualidad de antihéroe, de clase baja, marginado en la sociedad en la que vive; su capacidad de asimilarse a una variedad de situaciones en un proceso de aprendizaje que se produce en un mundo inestable, a veces caótico, y que lo pone en contacto con distintos tipos sociales. A partir de esto, cada teórico incorpora particularidades que distinguen una formulación de otra; entre estas diferencias Ulrich Wicks en “Onlyman” une el concepto de pícaro al de exiliado. Wicks afirma que:

[c]entral to the basic situation of the pícaro is the condition of exile, a homelessness that begins with his birth into a broken or otherwise abnormal family situation [...] intensified by his rejection into a hostile world (23).

Este mundo hostil desplaza a los ciudadanos que se convierten en exiliados o trasterrados. Exiliado y pícaro permanecen en constante movimiento, son expulsados de la sociedad en la que nacen, intentan sobrevivir ajustándose a diferentes situaciones y sin embargo, nunca consiguen integrarse plenamente en el entorno que los rodea. En cuanto a la temporalidad de la picaresca, críticos como Claudio Guillén, Edward Friedman y Blackburn observan transformaciones en la figura del pícaro y los propósitos de las obras que permiten extenderla, si bien

² La autoría de esta novela sigue siendo cuestión polémica: Manuel Asensio en 1959 proponía a Juan de Valdés o alguien muy próximo a él como posible autor; en 2003 Rosa Navarro Durán determina que fue Alfonso de Valdés; Francisco Calero señala a Luis Vives. Pese a las discrepancias, parecen estar de acuerdo en la vinculación del autor con el judaísmo.

reformada, cruzando fronteras geográficas, culturales y lingüísticas. Según Blackburn, el mito del pícaro “tends to appear when the modern mind in flight from decadence, in quest for meaning, declares its freedom from narrow confines of law, custom, and circumstance” (13). Se une a la condición del exiliado que alejado de su lugar de origen debe buscar sentido a lo ocurrido y a su nueva realidad para mantener su libertad y su dignidad.

Todos estos elementos van entrelazándose en *El sefardí romántico: la azarosa vida de Mateo Alemán II* ya desde el título en el que aparecen el judaísmo y la picaresca, en el término sefardí y la referencia a Mateo Alemán (converso y autor de *Guzmán de Alfarache*). La trama refuerza estos componentes puesto que el protagonista empieza su andadura como pícaro al abandonar la casa familiar en Jaén para dirigirse a Madrid; posteriormente, en sus contactos con varias comunidades judías por Europa recuerda la figura del judío errante, como incluso lo caracteriza uno de los personajes: el rabino Levi (Muñiz-Huberman 2005: 71); añade la dimensión de exiliado político al dejar España definitivamente en 1939 para dirigirse a México, donde muere en Chalco, lugar en el que se pierde la pista del escritor del siglo XVII, fundiéndose de este modo la historia y la ficción. Igual que los diferentes exilios se aglutinan en la narrativa de Muñiz-Huberman, pícaro, judío y exiliado son diferentes aspectos o niveles de un único personaje en esta novela.

Desde el inicio se advierte una desviación de la forma picaresca tradicional puesto que el protagonista no relata su propia historia. Esta corre a cargo de un narrador en tercera persona, más adelante se descubre que es una narradora, quien en ocasiones desaparece cediéndole la palabra a los distintos personajes como falso narrador omnisciente, pero en otras se entromete e incluso se dirige al lector. Esta narradora emparenta el relato con los hispanomexicanos quienes fueron receptores de historias antes que narradores: “[t]odos ellos fueron excelentes escuchas que recogían con fervor las historias de sus mayores” (Muñiz-Huberman 1995: 57). Las aventuras de Mateo le fueron relatadas reiteradamente por su padre, Fred, amigo del protagonista desde la infancia en Jaén que se trasladó a México junto al resto de exiliados republicanos. Esta es la separación temporal entre la acción y la narración característica de la picaresca; el exilio republicano, el marco en el que se narra la vida del protagonista en sus peripecias por España y Europa. Desde aquí se alude al exilio bíblico y se presenta la situación de los judíos contemporáneos del protagonista, mientras que los exilios relacionados con la historia de España ocupan parte importante del relato.

Pertinente a cualquier exilio es la observación del lugar de acogida, aunque no conduzca necesariamente a la integración en la misma, como se expone a lo largo de *El canto del peregrino*. En la ficción, como pícaro, judío errante y exiliado, Mateo tiene más de una ciudad de acogida. A su llegada a cada una de ellas se dedica a observar para adaptarse a las nuevas situaciones. La necesidad y su capacidad observadora favorecen el aprendizaje de varios oficios (jugador fullero,

albañil, sastre, fotógrafo...) que le permiten sobrevivir, e interactuar con la gente, lo cual contribuye a su crecimiento paulatino. Gracias a esto su visión del mundo se va transformando, pierde su inocencia al encontrarse con el racismo y la violencia en las distintas ciudades europeas en situaciones como el trato dispensado a Josephine Baker primero en París, luego en Austria; las hostilidades del fascismo incipiente en Florencia y Berlín, en concreto, pero sobre todo con los sucesos y enfrentamientos que desembocan en la Guerra Civil. Poco a poco, Mateo se ve asaltado por imágenes de muerte y destrucción que se reflejan en el léxico en la abundancia de palabras como *caos* y *apocalipsis* y referencias al fin del mundo, combinación del mundo hostil del pícaro y la visión del exiliado porque “[e]l exilio lleva en sí la idea de fin de los tiempos, de justicia violada, de apocalipsis cercano” (Muñiz-Huberman 2003: 116). No obstante estas circunstancias, el análisis de la situación y el instinto de supervivencia parecen indicarle en cada momento cuando debe marcharse, algo que él atribuye inicialmente a su característica de *culillo de mal asiento*. Además, en su periplo por Europa cuenta a su favor que miembros de la comunidad judía lo ayudan de una forma u otra. Así pues, la observación de la gente y del entorno le proporciona las herramientas para sobrevivir, cuestión esencial en el día al día del exiliado.

Frente a lo ocurrido en Europa, México presenta una situación diferente. Pese a su convivencia con otros españoles, el aislamiento del protagonista crece hasta el punto de afirmar que por primera vez se siente solo (Muñiz-Huberman 2005: 226); esta soledad se puede relacionar con el recibimiento en este país. Desde el punto de vista de Mateo: “sólo el gobierno cardenista [...] recibió bien a los refugiados y, en muchos casos, por obligación [...] No fueron aceptados y no pudieron adaptarse” (Muñiz-Huberman 2005: 220). Las reuniones de los intelectuales españoles en los cafés, su desempeño profesional y la red de relaciones establecidas entre ellos no fueron suficientes para protegerlos de la hostilidad circundante y los aisló aún más de la sociedad mexicana. Las diferencias en el idioma (semántica y fonética), en el significado de los gestos y la ideología con la que se les asociaba (rojos y ateos) no les granjearon la aprobación ni de los mexicanos ni de los españoles residentes en México; de hecho se estableció la diferencia entre gachupines, generalmente franquistas, y refugiados. Todo esto se convirtió en un obstáculo infranqueable que dificultó la adaptación de los españoles. La enajenación así producida tuvo consecuencias diferentes. Algunos casos desembocaron en el suicidio como muestran los datos que recoge Mateo, mientras intenta obtener información sobre su antepasado. En general, “[n]adie quería quedarse. Aunque se quedaron hasta la muerte. No fueron transterrados, sino enterrados” (Muñiz-Huberman 2005: 220). En *El canto del peregrino*, la ensayista señala que “[q]uien sale al exilio, sale en busca de una muerte sin tierra” (127), pero mientras tanto, según la novela, vivieron imbuidos de la “parafernalia nostálgica” (Muñiz-Huberman 2005: 214) y tuvieron que aprender “la doble habla”, como los cristianos nuevos que “decían una cosa en

casa y otra fuera de ella” (Muñiz-Huberman 2005: 215). Se trató, entonces, de una vida con dos realidades contradictorias.

Esta visión del exilio de los republicanos enlaza con el exilio histórico anterior: la expulsión de los judíos de España. Se crea una línea de continuidad entre ambos que permea todo el texto. Desde el inicio, siguiendo la fórmula de la picaresca del Siglo de Oro se presenta la ascendencia del protagonista y se informa que la familia del padre había regresado de Casablanca, “después de que sus antepasados hubiesen sido forzados a abandonar el lugar patrio” (Muñiz-Huberman 2005: 9). Adopta el nombre de Mateo en recuerdo de su antepasado, a quien se refiere con términos como tatarabuelísimo o tatatararabuebuebuelololo, jugando con las palabras. Abandona su nombre semita original, Mordejai, “siguiendo la antigua técnica simuladora de los conversos” por la que “mantuvo solo la letra inicial agregada a un muy cristiano sujeto, autor de algún que otro evangelio” (Muñiz-Huberman 2005:10). Esta continuidad se sigue en la obligación de abandonar el lugar propio, pero también en la persecución sufrida por los que permanecieron: a manos de la Inquisición, unos, y del régimen dictatorial, otros. Al final de la novela, la narradora relata el contenido de una carta que Mateo nunca llegó a leer: los padres fueron vejados humillados y fusilados al considerarseles rojos por las acciones de Mateo como fotógrafo de la República³; las hermanas fueron llevadas a un convento. Resulta irónico que una familia judía se librara de la Inquisición para ser sometida a prácticas similares a las usadas por aquella en el siglo XX.

Esta prolongación de la opresión tiene su contraparte en el afán del exiliado por mantener la tradición cultural. *El canto del peregrino* apunta que recoger y transmitir su tradición y su historia se encuentran entre las obligaciones del exiliado (127). Entre estas costumbres habría que incluir el cambio de nombre del protagonista ya referido (al que añadiríamos otros: Mardoqueo, como lo llama su madre, o Markus Deustch como se llama mientras está en Berlín), esta práctica se remonta a traducciones y adaptaciones que vienen de la Edad Media, según indica el propio personaje (Muñiz-Huberman 2005: 191). Además de ser habitual entre los nuevos cristianos para esconder su ascendencia, también se asocia con Guzmán, en

³ Al marchar al exilio, Mateo lleva consigo una maleta repleta de fotos que tomó durante la Guerra Civil, recogidas por su amigo Fred tras su muerte. En mi opinión, es una clara referencia a las fotos que se han dado a conocer bajo el apelativo de *La maleta mexicana*, que originan el documental del mismo nombre de Trisha Ziff. Si bien la carátula de este señala que las fotos se recuperaron en 2007, antes de la publicación de la novela, Juan Villoro señala que había rumores desde mucho antes de que Benjamín Tarver tenía en su posesión ciertos negativos. Tarver había iniciado ya gestiones en 1995 para catalogar el material (Quino Petit). El hecho de que estas fotos fueran tomadas por tres fotógrafos judíos del este de Europa (Gerda Taro, Robert Capa y David ‘Chim’ Seymour) enlaza con el exilio judío de Europa que seguirá al republicano y con el judaísmo, otro de los temas centrales de la obra de Muñiz-Huberman.

la novela picaresca original, quien adopta diferentes nombres acorde con el estatus social del papel que representa en cada aventura. Tanto a nivel sociológico como a nivel literario se aprecia la continuidad de una tradición que se extiende a diversos ámbitos cotidianos, tales como el ritual de boda sefardí por el que se casa Amarantina, la hermana de Mateo, descrito en detalle, o los refranes sefarditas que la madre de Mateo emplearía en diferentes situaciones. En cuanto a lo literario, Mateo Alemán II comenta que Mateo Alemán es un antepasado más putativo que genético, en realidad, “había heredado unos genes de papel”, los de Guzmán de Alfarache (Muñiz-Huberman 2005: 181) en tanto que objetos de escritura. Autor y personaje del Siglo de Oro se entretajan en el personaje de Muñiz-Huberman, a la vez que se establece la continuidad con el antecedente literario. Se observa de este modo una conexión con los autores hispanomexicanos, puesto que la herencia literaria de Mateo Alemán II es similar a la suya ya que se familiarizaron con España a través de la lectura de los miembros de la Generación del 98, del 27 y los clásicos del Siglo de Oro.

La herencia literaria condiciona y define a sus receptores, además de ayudar a conocerse uno mismo. En sus andanzas, Mateo lleva consigo dos libros: el *Guzmán de Alfarache* y el *Majzor* o libro de los rezos que le regala el rabino Levi en Florencia, reflejo de su biculturalismo. Sin embargo, hay otro libro que lo ayuda a entenderse: *Apocalipsis hispánica*, escrita en México por Máximo José Kahn y publicada allí en 1942. Kahn, quien es uno de los muchos personajes reales que pueblan la novela, va a España en busca de sus raíces sefarditas y se ve envuelto en la Guerra Civil defendiendo la República y por consiguiente, se ve abocado al destierro; por eso, intenta en sus primeros años *ordenar el caos* como buen exiliado, por lo que escribe sobre la esencia de lo español (Muñiz-Huberman 2005:191-192), igual que María Zambrano a quien Muñiz-Huberman dedica una sección en *El canto del peregrino*. Kahn en su obra también analiza el significado de la vida de los judíos en España y reflexiona sobre el odio al judaísmo. Una de sus conclusiones afirma que la interpretación antijudía por la que el judío errante es el hombre incapaz de encontrar reposo es totalmente errónea ya que esa movilidad le confiere dicho reposo (201). Mateo reconoce en esta afirmación el comportamiento que él ha denominado *ser culillo de mal asiento* a lo largo de toda la narración y que lo ha estimulado a ir de un lugar a otro. La conversación con Kahn ayuda a Mateo a reconocer en sí una característica asociada con el pueblo judío.

Del mismo modo que la lectura ayuda a entender las raíces del individuo, la escritura contribuye a la difusión de las mismas, importante para mantener la memoria que es fundamental para el exiliado: “Si la memoria quiere ser transmitida debe contar [...] con la capacidad relatora. Quien relata, conserva”. Ahora, bien: “Quien relata, inventa.” (Muñiz-Huberman 2003: 66). Así, recuerdo y ficción se funden y originan una memoria nueva, según *El canto del peregrino*. En la novela, la narradora relata una historia que oyó contar a su padre, a la vez que es consciente de estar construyendo una novela: además de dirigirse al *lector* en numerosas

ocasiones, se refiere al proceso escritural que de nuevo remite a la picaresca fundacional en la que los narradores-protagonistas reflexionan sobre su escritura. Rompe continuamente la tradición a la que vuelve; además, perpetúa la memoria de Mateo Alemán II y crea una nueva realidad combinando fragmentos oídos que complementa con la imaginación. Al principio informa que *parte* de la historia se la contó su padre (Muñiz-Huberman 2005:11), a lo largo de la narración repite que la historia le fue contada por su padre, pero hay ocasiones en las que narra eventos no presenciados por el padre y al final, señala que quiere aclarar “un cabo que ha quedado suelto en esta *verídica* historia” (Muñiz-Huberman 2005: 229).⁴ Vemos, pues, que oído, leído e inventado se convierten todo en una nueva realidad creada con retazos oídos e inventados. Pese a lo que haya de construcción en esta nueva realidad, cobra verosimilitud por los nombres de personas reales fácilmente reconocibles. Entre la gente que va conociendo Mateo en sus viajes, aparecen nombres de personajes ficticios mezclados con nombres reales de intelectuales, pintores, músicos, judíos o republicanos: Walter Benjamin, Stefan Zweig, Rosa Chacel, María Zambrano, Juan Gil-Albert y Margarita Nelken, por citar solo algunos. Crea, pues, una memoria en la que combina historia y ficción, superponiéndose estas igual que lo hacen los diferentes exilios.

Sin embargo, paradójicamente, esta memoria va unida al olvido, siendo este “lo más grave que le pueda ocurrir a un exiliado” (Muñiz-Huberman 2003: 72). Al cerrar la novela, la narradora comenta: “Hablé de la memoria, pero no sé hasta qué punto le he sido fiel. Ahora que he escrito esta historia pienso que olvidé muchas cosas y que me faltó preguntarle otras tantas a mi padre” (Muñiz-Huberman 2005: 230). El padre de la narradora era el propietario de esa memoria que intenta preservar de forma múltiple: por un lado, relata la historia de Mateo Alemán II a su hija quien la convierte en novela; por otro, recoge las fotos que Mateo tomó durante la Guerra Civil; por último: en su función de periodista de *El Heraldo de Madrid* encargado de la censura, recoge en un diario personal todas aquellas noticias que no se podían publicar, por lo que permanecen si no olvidadas, sí desconocidas. Aquí la autora parece rendir homenaje a su padre, Alfredo Muñiz, quien trabajó para dicha publicación y desempeñó esta función durante la Guerra Civil y quien “conservó durante toda su vida los textos originales. Su hija los armó en un libro con el probable título de *Días de horca y cuchillo*” (Zamudio 2003: 15). Se puede deducir que la narradora, entonces, es un alter ego de la autora, nada extraño en la ficción de Muñiz-Huberman quien constantemente recrea aspectos de su biografía, mezclados con la historia en sus narraciones.

De este modo, se traspasan los límites de los diferentes géneros narrativos, derribándolos para englobar todos los géneros en una obra. Así, Mateo quien ha ido acumulando experiencias, aglutinando sus tradiciones culturales llega un momento

⁴ Énfasis mío.

en que cuestiona una seña de identidad importante. En Berlín, cuando el fascismo está en sus inicios, se siente cómodo en las tertulias a las que va con Walter Benjamin porque está entre “paisanos” (Muñiz-Huberman 2005: 76); sin embargo, en México entra a trabajar como representante de un laboratorio de productos medicinales que dirige un *paisano* y se pregunta: “¿de cuál de todas sus nacionalidades?”. La respuesta que le sigue es un cúmulo de gentilicios: “judío, español republicano, jienense, sefardí, mexicano en prospecto, europeo, americano, universal” (Muñiz-Huberman 2005: 190). Llega a la conclusión de que da lo mismo, la nacionalidad o el nombre. De hecho, la novela presenta el exilio como la nacionalidad por excelencia, pues carece de fronteras, de idioma, de territorio, de leyes (Muñiz-Huberman 2005: 179); en definitiva, el exilio es el lugar de la libertad.

BIBLIOGRAFÍA

ASENSIO, Manuel J.

1959 “La intención religiosa del *Lazarillo de Tormes* y Juan de Valdés”, *Hispanic Review*, vol 27, núm 1, enero 1959, pp. 78-102.

BLACKBURN, Alexander.

1979 *The Myth of the Pícaro. Continuity and Transformation of the Picaresque Novel 1554-1954*. Chapel Hill: The U of North Carolina Press.

CALERO, Francisco.

“Luis Vives fue el autor del *Lazarillo de Tormes*”. En línea en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero32/luvives.html> [Consultado el 17.12.2013]

FRIEDMAN, Edward H.

1987 *The Antiheroine's Voice. Narrative Discourse and Transformations of the Picaresque*. Columbia: University of Missouri Press.

1995 “Angelina Muñiz’s *Tierra adentro*: (Re)creating the Subject”, en Robert DiAntonio y Nora Glickman (eds.), *Tradition and Innovation: Reflection on Latin America Jewish Writing*. Albany: State Univeristy of New York Press, pp. 179-192.

GUILLÉN, Claudio.

1971 *Literature as System: Essays Towards the Theory of Literary History*. Princeton: Princeton University Press.

MÁRMOL, José.

1847 *Cantos del peregrino*.

MUÑIZ-HUBERMAN, Angelina.

1977 *Tierra adentro*. México: Joaquín Mortiz.

- 1995 “Hacia una poética del exilio: la generación hispanomexicana”, en Manuel Aznar Soler (ed.), *El exilio literario español de 1939: Actas del Primer congreso internacional*. En línea: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-exilio-literario-espanol-de-1939-actas-del-primer-congreso-internacional-bellaterra-27-de-noviembre-1-de-diciembre-de-1995-volumen-1--0/> [Consultado 10 marzo 2013]
- 2003 *El canto del peregrino: hacia una poética del exilio*. En línea: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-canto-del-peregrino-hacia-una-poetica-del-exilio--0/> [Consultado 3 junio 2010]
- 2005 *El sefardí romántico: La azarosa vida de Mateo Alemán II*. México: Plaza & Janés.
- NAVARRRO DURÁN, Rosa.
2003 *Alfonso de Valdés, autor del Lazarillo de Tormes*. Madrid: Gredos.
- PETIT, Quino.
2010 “La guerra escondida en la maleta”, *El País* [26.09.2010].
- RIVERA, Susana.
1990 *Última voz del exilio. (El grupo poético hispano-mexicano)*. Madrid: Ediciones Hiperión.
- WICKS, Ulrich.
1975 “Onlyman”, *Mosaic*, vol 8, núm.3, primavera 1975, pp. 21-47.
- ZAMUDIO, Luz Elena.
2003 *El exilio de Dulcinea encantada. Angelina Muñiz-Huberman: escritora de dos mundos*. México: UAM.
- ZIFF, Trish.
2011 *La maleta mexicana*. México, España, Francia y Estados Unidos.